

CON MOTIVO DE UN CRITICO

POR el año de 1907 me relacioné con Rubén Darío que volvió a su país después de 15 años de ausencia. Tuve el honor de que me distinguiera con pláticas y enseñanzas sobre el arte poético, lo cual era raro en él, porque entonces era enemigo de que le hablaran de versos. Había además, llegado a su tierra natal como a descansar de su acostumbrada labor y sólo gustaba de que se le tratara de las cosas de la tierra: de recuerdos, de comidas, etc.: tenía un sirviente afeminado, llamado Raimundo, a quien él se quería llevar a París porque sabía hacer un plato leonés: el *punché relleno*. Todas las mañanas oía yo en el zaguán de mi casa un «don José» con voz atiplada; era la voz de Raimundo que me llamaba.

—Dice don Rubén, que vaya.

Aquello, para un principiante de versos, era más que alentador. Yo debía sentir entonces lo que un cura de aldea debe sentir, besando el anillo del Pescador.

A veces lo encontraba yo nervioso, preocupado, con alguna nimiedad, con algún chisme parroquial, lo que se conjuraba con un paseo en coche o a la orilla del lago. Pero por lo general, lo encontraba de buen humor, y era para leerme siempre alguna cosa, a puerta cerrada para evitar las interrupciones profanas.

Nunca lo ví tan espontáneo e intímable como cuando me leyó casi todo el «Canto Errante». Me dijo que «La mejor musa es la de carne y hueso», era su mejor poesía en el libro, pero a mí lo que más me emocionó, oída de sus labios, fué la Epístola a Madame Lugones. Aquel su peculiar modo de leer los versos, silabándolos casi, marcando la música nueva, con una nerviosidad severa y meliflua, es para no olvidarse jamás, y comprender la tercera potencia a que se elevaba el valor de sus poesías, en su propia boca.

Aún me parece verlo con los ojos medio entornados y como revolcando la lengua en un néctar, espeso,—el decir:

Se desgrana un cristal fino
sobre el sueño de una flor.
Trina el poeta divino:
¡bien trinado ruiseñor!

Yo era un curioso preguntón, y él un amable instructor de mi ignorancia.

Una vez nos encontró en ese momento, un poeta sonoro, que aún no había leído «Prosas Profanas»; pero que estaba ya consagrado por las muchedumbres. Rubén leíame:

Nada mejor para encantar la vida
y aun para dar sonrisas a la muerte,
que la áurea copa en donde Venus vierte
todo el licor de su viña encendida.

—Ese verso último está mal medido, Rubén!—dijo con aire doctoral el llegado. Darío tornándose en conmiseración el ímpetu de rabia que le asaltó, le dijo:

—No, Fulano. Es que tú crees que todavía se miden los versos con los dedos y no conoces el nuevo mecanismo. Este verso es de la misma cantidad que los otros; pero de música distinta. Es de los versos latinos que yo he introducido al castellano. Cuando te acostumbres a los nuevos ritmos lo vas a saber mejor.

Así llegué a oír de sus propios labios, un juicio desfavorable para La Marcha Triunfal que tanto ponen como lo mejor, admiradores y críticos. Para él sólo era una poesía aplaudible; secundaria en mérito a tantas otras. Tenía como mejor que esa, por ejemplo, a Helios, El Coloquio de Centauros y Divagaciones, por ejemplo.

Así en honrosa intimidad conocí también sus juicios sinceros sobre los poetas de España y América. Decía en todos había la influencia de él. A los Machados él me los dió a conocer; le gustaba más Manuel; y a mí Antonio.

—Tiene razón, me decía: por la simpatía de temperamento.

Hablaba bien de Guillermo Valencencia, de Amado Nervo, de los sonetos de Chocano, y muy bien de Lugones.

Hablábamos de ultratumba a veces, y se ponía nervioso como una niña.

—¿Por qué lo malquiere a Ud. Bobadilla, don Rubén?

—Porque nunca lo he citado, por la sencilla razón de que para mí no es más que un *distinguido* escritor.

—¿Blanco Fambona?

—Ese no puede quererme porque estamos en planos distintos. El es asesino y yo no lo soy y cree que la poesía se maneja con machete, como la gobernación del Fachira.

Tuve la grata sorpresa de que me hablara de un mi soneto a Shakespeare, que había olvidado yo mismo, y que lo calificara de intenso. ¡Darse cuenta de él en París, habiéndose pu-

blicado en un diario local! No me explicaba yo. Entonces me animé a llevarle mis versos inéditos. Una colección de rimas románticas, en su mayor parte medio julioflorezcas.

Aquello fué la causa de mi despertar, con una sabia disertación paternal que me dió sobre la poesía nueva. Me hizo odiar la literatura, y amar el espíritu sincero; supe lo que se llama retórica, o producción artificiosa; me divorcié de la poesía elocuente y me casé con la poesía llana, sincera, que peque mejor de prosaica antes que de afectada: amé la naturalidad sin lugares comunes, ni en el fondo, ni en la forma. Comprendí que cada uno de nosotros es una fuente original y que ser sincero es ser potente; que el regionalismo o criollismo no es vulgarismo, pues lo humilde y lo bajo se puede dorar con el espíritu; y me enseñó a odiar sobre todo la elocuencia en el verso.

¿Qué destronamiento de ídolos hizo en mi gusto aquel divino iconoclasta! Aquel día volví a mi casa a quemar mi pobre libro «Abril», salvando sólo el prólogo de Santiago Argüello.

Ese es el libro en que de seguro no hubiese encontrado ninguna chocarrería el señor crítico costarricense Alvarez Berrocal.

Decía el maestro: «un crítico os alaba por lo menos alabable y os censura por lo menos censurable». Así es:

En mi poesía a la Bandera Azul y Blanco, premiada con cien dólares, en un concurso, encuentra méritos mi crítico, y debo declarar con sinceridad, que para mi gusto no tiene ninguno otro que el haberse apartado del sonsonete oficial de la Retórica. Se trataba de escribir algo para el gusto de Don Público y sacrificué el mío. En un concurso ya se sabe que no se nombra para calificar a los idóneos, sino a los más respetables dómynes y hay que ponerse a la altura de ellos para obtener éxito.

Gané los cien dólares: pero he tenido después, que soportar en silencio las felicitaciones por esos versos que no incluí en mi libro.

Yo no niego que éste contenga defectos, pero no los que Berrocal por descuido pone en los versos míos, al citarlos. Si no le gustan no por eso debe alterarlos.

En cambio yo reconozco en él buena intención pedagógica y predisposición de que llegarán a gustarle con un poco de mejor cultura, las *chocarrerías* poéticas. El progreso penetra hasta en los más apartados lugares, según el insigne Pero Grullo, príncipe de los genios.

JOSÉ OLIVARES

(Los Domingos. Managua).

Los primeros tomos de la BIBLIOTECA LATINO AMERICANA que dirige en París don Hugo de Barbajelata, ya se han publicado. Son:

Rubén Darío: <i>Epistolario</i>	1-25
Varios autores: <i>Rodó y sus críticos</i>	3-00
F. García Calderón: <i>El Wilsonismo</i>	1-25
Gertrudis Gómez de Avellaneda: <i>Sab</i> (novela).....	3-00
Ud. los hallará en la Administración del REPERTORIO.	